

Breve Catecismo





Seguir a Jesús
Breve Catecismo

BIENVENIDO AL CATECISMO



Dios nos quiere.

Y nos llama.

Como un Padre, nos cuida y nos prepara el lugar donde vamos a ser felices para siempre. Y nos espera.

Nos llamó a la vida al crearnos, y nos envía mensajeros para invitarnos. Nos hizo libres, y quiere que le respondamos libremente. Por eso vino Jesús, y por eso se quedó en Su Iglesia, desde donde nos habla, nos da Su gracia, nos muestra el camino, nos ofrece Su amistad.

Y por eso nosotros queremos corresponder a Su amor y ser sus amigos: somos cristianos.

Así se llaman, ya desde el principio de la Iglesia, los que creen en Cristo y reciben el bautismo.

Y somos católicos los que adoramos la presencia real de Jesús en la Eucaristía, veneramos la virginidad de María y aceptamos la autoridad del Papa.

Como cristianos, queremos **creer** lo que Cristo enseñó, **hacer** lo que él enseñó, y mostrarle nuestro amor en una vida de amistad con Él.

Por eso utilizamos todos los medios que la Iglesia pone a nuestra disposición para permanecer unidos a Jesús, como un discípulo a su maestro, y cultivar la vida de Dios recibida en el bautismo.

El primer recurso es conocer la Doctrina.

Pero eso es solo el comienzo. Porque esa doctrina hay que

hacerla vida, recibiendo a Jesús en los sacramentos, participando de la misa, imitando a Jesús en su obediencia al Padre, en su caridad con los demás, en su paciencia cuando llega la prueba y la cruz, en su oración confiada.

Este librito te ofrece una primera aproximación a las **verdades** que creemos, los **sacramentos** que recibimos, el **camino** de la imitación de Cristo que queremos seguir, y las principales **oraciones** que rezamos.



La iniciativa es de Dios.

Él nos llamó a la vida, por un acto creador. Nos hizo porque nos quiso, y con un designio único, singular, para cada uno. En el Plan de Dios cada persona es igualmente importante. Y a todos nos hizo para cumplir una misión y llegar al Cielo.

Cuando los primeros hombres pecaron, no desistió de su plan, y decidió enviarnos a su hijo, para recuperarnos.

Y Dios habló. Y de muchas maneras les contó a los hombres que Él existe, que nos quiere, y anunció que nos iba a enviar al Salvador.

Así, durante miles de años Cristo fue anunciado y esperado.

Hasta que vino, por fin, en la noche de Navidad. Vivió en Palestina, la Tierra Santa, en Asia, a orillas del mar Mediterráneo, entre Siria y Egipto.

Es allí que Jesús hizo los milagros que demuestran que él es Dios. Es allí que enseñó y fundó su iglesia.

Todo esto lo sabemos por el libro de la Biblia, inspirado por Dios. La primera parte trata de lo que pasó antes de Jesús, el Antiguo Testamento; la segunda narra la vida de Jesús y los

primeros tiempos de la iglesia, el Nuevo Testamento.

LAS ETAPAS DE LA HISTORIA

Llamamos Historia de la Salvación a la historia de todo lo que Dios ha hecho para recuperarnos para su amistad y para la felicidad eterna en el Cielo, que habíamos perdido por el pecado.

Se puede dividir en tres partes:

1. **Dios prepara la venida del Salvador:** los primeros patriarcas, de Adán a Noé, avivan la fe en el Dios verdadero y la esperanza en su promesa. Dios elige un pueblo, Israel, con el cual forjó su alianza (antigua alianza o antiguo testamento).

2. **Dios envía el Salvador:** por su vida y su sacrificio, el Salvador establece una nueva alianza de Dios con los hombres (nuevo testamento) y funda el nuevo pueblo de Dios: la Iglesia.

3. **El Salvador continúa su obra por medio de la iglesia:** por ella, Dios quiere salvarnos y santificarnos, hasta que llegue el fin del mundo. En su Reino eterno, Dios será la plenitud y bienaventuranza de sus hijos.

1. Dios prepara la venida del Salvador

Dios crea el mundo para nuestra felicidad. Pero los primeros hombres, Adán y Eva, se dejan tentar y desobedecen a Dios, y así pierden el Paraíso donde vivían, sin dolor alguno, inmortales.

Sin embargo el amor de Dios no nos abandona, y promete a Adán y Eva un Salvador, para rescatar a los hijos perdidos. Les pidió que no adoraran a otro Dios que a Él, y que confiaran en su promesa.

Nuestros padres en la fe: los patriarcas



A medida que pasaron los siglos, los descendientes de Adán y Eva se multiplicaron sobre la tierra. Algunos siguieron fieles a Dios: Abel, Noé. Pero la mayoría se olvidó de Dios y cayó en idolatría, viviendo en el pecado.

Por eso la humanidad merecía su destrucción total.

Pero Dios se compadece de los hombres, y después del Diluvio Él sella una alianza con Noé, que ha permanecido fiel.

Los descendientes de Noé vuelven a caer: por orgullo, ofenden al Señor levantando la torre de Babel.

Aproximadamente 1800 años antes de la venida del Salvador, Dios eligió a Abraham como líder del pueblo elegido. Le pide que deje su país, y le promete que será el padre de un pueblo numeroso de dónde vendrá el Salvador del mundo.

Los descendientes de Abraham se convierten en los jefes de las doce tribus que componen el pueblo de Israel.

Durante una hambruna, los israelitas se instalan en Egipto,

y allí se quedan cerca de 400 años, primero libres y felices, pero más tarde son reducidos a la esclavitud.

Moisés fue escogido por Dios para ser el libertador y el líder del pueblo elegido. Con él, los israelitas dejan Egipto y, después de cruzar el mar Rojo, entran en el desierto, donde Dios los guía y alimenta milagrosamente.



En el Monte Sinaí Dios les da los Mandamientos, y renueva la Alianza hecha con Abraham. Moisés reúne las tribus israelitas en una nación, les da leyes y organiza el culto divino. Durante cuarenta años los conduce, a través del desierto, hacia la tierra prometida.

Los jueces

Bajo el liderazgo de Josué, los israelitas entran en la tierra prometida (Palestina) y poco a poco se fueron estableciendo.

Dios suscita, entre ellos, a los Jueces, para dirigirlos y protegerlos. Samuel, el último juez, nombra y unge a Saúl como Rey de Israel.

Los Reyes

A Saúl lo sucede David, el gran Rey-Profeta, que consolida y reorganiza el pueblo de Dios. Eligió a Jerusalén para la capital y centro religioso de Israel. Lo sucede su hijo Salomón, que construye el templo y organiza el culto.

Los profetas

A la muerte de Salomón, el Reino se divide en dos: el Reino de Judá (su Capital es Jerusalén) y el Reino de Israel (su Capital es Samaria). Sus reyes son a veces fieles, pero a

menudo infieles a la alianza con Dios. Dios envía **Profetas** para recordarles la Alianza. Los principales son Isaías, Elías y Eliseo.

Exilio

Los asirios se apoderan del Reino de Israel. Llevan una parte del pueblo al exilio, y acaban con el Reino de los israelitas.

El Reino de Judá subsiste unos 150 años. A pesar de las advertencias del Profeta Jeremías, vuelve a caer en la impiedad. Es atacado por Nabucodonosor, rey de Babilonia. Jerusalén es tomada y quemada, el templo destruido, y la gente es llevada al cautiverio en Babilonia.

En Babilonia, los profetas Daniel y Ezequiel sostienen la fe y la esperanza de los israelitas y les recuerdan las promesas divinas.

El pueblo judío

Babilonia es tomada por Ciro, rey de Persia, que permite a los israelitas volver a su patria. Reconstruyen el templo y reorganizan el culto. Bajo el liderazgo de Esdras y Nehemías, renuevan la alianza con Dios. Educados por tantas desgracias, aprenden cuánto necesitan al Salvador prometido por Dios.

Tras las conquistas de Alejandro Magno, el país cae bajo la dominación de los griegos durante casi 200 años.

Las persecuciones de Antíoco provocan una revuelta religiosa y política liderada por los Macabeos, y los judíos se ven libres por 80 años. Como consecuencia de los desacuerdos entre los judíos, los romanos ocupan el país. Palestina se une a una provincia romana.



2. Dios envía el Salvador

Dios es fiel, y cumple Su promesa. Y *el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.*

Jesucristo, el hijo de Dios hecho hombre, nació en Belén, en un establo. Nacido *por la gracia del Espíritu Santo*, su padre es el Padre eterno. Su madre es la Santísima Virgen, quien se había casado con San José, el padre adoptivo de Jesús.

Dios hizo nacer a Jesús de una virgen. Él la había preparado para eso, y la hizo Su madre y nuestra madre sin pecado, gracias al privilegio de la *Inmaculada Concepción*.

La vida de Jesús, durante treinta años, en Nazaret, fue una vida de oración, obediencia y trabajo. A los treinta años recibió el bautismo de penitencia de Juan el Bautista, y comenzó a predicar el Evangelio. Recorrió Palestina, anunciando la llegada de la Salvación prometida, y enseñando la *buena noticia* del Reino de Dios: que debemos amar a Dios, nuestro padre infinitamente bueno, y amarnos los unos a los otros. Su reino no es un reino terrenal: es el Reino de todos aquellos que aceptan creer en Jesucristo y ser, por la gracia, hijos de Dios.

Como se dice en el Evangelio, *pasó haciendo el bien*, curando enfermos, formando sus discípulos y ofreciendo su vida para librarnos del pecado y de la muerte eterna.

Las etapas de su vida

Anunciación: la Virgen María recibe en Nazaret la visita del ángel Gabriel.

Visitación: la Virgen María va a visitar a su prima Isabel, a la



tierra de Judá.

Navidad: Jesús nace en Belén.
Es adorado por los pastores.

Ocho días después recibe su nombre (Lucas 2:21)

Cuarenta días después es presentado en el Templo de Jerusalén (LC 2:22)

Es adorado por los Reyes Magos, en Belén (Mt 2,1)

Huyen a Egipto, ante la persecución de Herodes (Mt 2,13)

Vida oculta: Regresan a Nazaret (Mt 2.22). A los doce años va al templo, y sorprende a los doctores de la ley por sus respuestas. Vive en su casa hasta los treinta años, trabajando de carpintero (Mc 6,3).

Vida pública: Jesús es bautizado por Juan el Bautista, a orillas del río Jordán. Se retira al desierto, y ayuna 40 días; es tentado por el diablo (Mt 4.1). Y comienza un apostolado de tan sólo tres años.

A orillas del Jordán, Jesús encuentra y llama a sus primeros discípulos. Entre ellos, Simón, al que llamó Pedro (Jn 1,35).

Llega a Caná, en Galilea, donde hizo su primer milagro cambiando el agua en vino (Jn 2,1).

Sube a Jerusalén, echa a los vendedores del templo y vuelve a Galilea por Samaria, donde habla a la mujer samaritana del *agua viva*.

Predica en Galilea, y después de la pesca milagrosa confía a sus apóstoles la misión que quiere darles (Lc 5,1).

Jesús sana al paralítico de Cafarnaúm y muchos otros enfermos. Elige a sus doce apóstoles. Pronuncia el gran **sermón de la montaña**, donde da al mundo la *ley del amor*.

Jesús realiza otros milagros: curación del siervo del centurión; resurrección del joven de Naim (LC 7:2); calma la tormenta (Mt 8,18); resurrección de la hija de Jairo (Mc 5, 21).

Enseña por medio de parábolas: el sembrador (Mt 13: 1); el trigo y la cizaña (Mt 13: 25-30); el pan sin levadura y la semilla de mostaza (Mt 13:31-33); el tesoro escondido, la piedra preciosa (Mt 13:44)

Multiplicación de los panes, en la llanura al SE del lago, y sermón sobre el *pan de vida*, en Cafarnaúm (Jn 6:22).

Jesús escucha la súplica de la cananea.

Le da a Pedro la primacía en la Iglesia.

Predijo que moriría en Jerusalén (Mt 16: 21).



Se transfigura en el monte Tabor.

Enseñan sus discípulos sobre el escándalo, sobre el perdón.

Hace cumplir con el pago debido al Templo.

Cura al ciego nacido en Jerusalén (Jn 11:1).

Cuenta las parábolas del *buen pastor* y del *buen samaritano*.

Enseña a sus discípulos a rezar *Padre nuestro*...

Jesús cuenta otras parábolas: los invitados a la fiesta (LC 15: 15); la oveja perdida (Lc 15,3); el hijo pródigo; el mendigo Lázaro (LC 16, 19); los talentos (Mt. 25).

Resucita a Lázaro (Jn 11,1).

Es recibido por Zaqueo.



La Semana Santa

El domingo: solemne entrada de Jesús en Jerusalén (v. Mt 21,1-16).

El martes: últimas enseñanzas: el denario del César; las diez vírgenes (Mt 25.1); separación de los buenos y los malos.

El miércoles: Judas arregla con el sanedrín (Mt 26,1).

El jueves: la cena Pascual (Lc 22,14). Institución de la Eucaristía y el Sacerdocio. Discurso después de la última cena: la vida, la promesa del Espíritu Santo (Jn 15,26). Oración de Jesús: "que sean uno..."

El viernes: crucifixión. Después de darnos a su madre, Jesús muere por nosotros.

Muerte y resurrección

Los jefes del pueblo judío se opusieron al mensaje de Jesús. Lo hacen arrestar y condenar a muerte. Él ofrece a Dios sus sufrimientos y su muerte en la cruz, como sacrificio reparador del pecado de los hombres. Y establece así para siempre una nueva alianza de Dios con los hombres.

Resucita glorioso, mostrando así que Él es el vencedor de la muerte y el pecado. Confía a Sus apóstoles la misión de continuar su obra, les promete el Espíritu Santo y asciende triunfalmente al Cielo.

3. El Salvador continúa su obra por la Iglesia

Después de Pentecostés, los **Apóstoles**, llenos del Espíritu Santo, predicán el Evangelio y organizan la Iglesia. San Pablo, por ejemplo, funda comunidades cristianas y las anima a través de sus cartas o *Epístolas*.

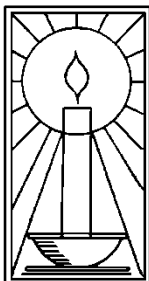
El nuevo pueblo de Dios ya no se limita a una nación; todos los hombres están llamados a participar.

Por la Iglesia, el Salvador sigue anunciando la buena noticia de la salvación, sigue trayéndonos la vida de la gracia y nos guía hacia la felicidad del Cielo.

La Iglesia es Cristo continuado en el tiempo. En ella también coinciden lo humano y lo divino y, aunque sus miembros, sacerdotes y laicos, no estamos libres de pecado, siempre confiamos en la ayuda de Dios para ser fieles a la misión recibida.

La historia de la salvación continuará hasta el fin del mundo, cuando el Salvador vuelva a juzgarnos, y el Reino de Dios habrá alcanzado su perfección.





CREEMOS

LA EXISTENCIA DE DIOS

Dios nuestro Señor es un Ser personal, puramente espiritual, el Ser infinitamente perfecto, creador del cielo y de la tierra, Señor de todas las cosas.

La mayoría de los pueblos ha creído y cree que Dios existe. Se hizo conocer a los primeros hombres, después a Moisés y a los profetas, y especialmente por su hijo Jesucristo.

Hay un solo Dios, creador del cielo y tierra, que premia a los buenos y castiga a los malos.

Es infinitamente bueno y cuida a todas sus criaturas, las sostiene y gobierna por su providencia. Está en todas partes, en el cielo, en la tierra y en todo lugar. Él lo ve todo, todo lo que hacemos y todo lo que pensamos.

Nosotros conocemos la existencia de Dios, en primer lugar, por la contemplación de su obra, el mundo; y también por el testimonio de nuestra conciencia. Sabemos de Él por la enseñanza de la Iglesia y por la Biblia, dada a nosotros por la misma Iglesia como revelación divina.

LA TRINIDAD

El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio de un Dios en tres personas iguales y distintas. Las tres personas son: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Cada uno es Dios: el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios.

No son tres dioses, sino un solo Dios, con una misma naturaleza. Son iguales en todas las cosas, ya que, siendo uno y el mismo Dios, las tres Personas tienen las mismas perfecciones.

LA CREACIÓN

Dios hizo todo de la nada. Dios creó el mundo con su poder, y lo gobierna por su providencia.

Dios creó a los Ángeles, los seres humanos, los animales, las plantas, los minerales, **todo lo que existe.** Los ángeles y los hombres son las criaturas más perfectas de la creación.

Los ángeles son seres puramente espirituales, dotados de inteligencia y voluntad, que Dios creó para adorarlo y servirlo.

Los ángeles buenos nos protegen y nos orientan hacia el bien. Cada uno de nosotros tiene su ángel guardián.

Los demonios buscan nuestra ruina haciéndonos pecar por medio de la tentación. Pero con la ayuda de Dios podemos resistirlas y vencerlos.

Dios nos creó para conocerlo, amarlo y obedecerle como a un padre, y alcanzar así la felicidad eterna en el Cielo.

El hombre es una criatura inteligente y libre, compuesta de alma y cuerpo. El alma es un espíritu inmortal que Dios creó a

su imagen y semejanza, para estar unida a un cuerpo. Sin alma, no podríamos pensar, ni reflexionar, ni querer o elegir libre y responsablemente.

Le mostramos a Dios nuestro amor en la obediencia a Su voluntad (los Mandamientos), y utilizando todo lo que nos da en la medida en que nos conduce hacia él, el autor de todo bien.

Podemos comunicarnos con Dios como hijos suyos, como sus amigos, como dos personas que se aman. Eso es la oración. A través de la oración, lo adoramos, le agradecemos, le pedimos perdón y todo lo que necesitamos.

El primer hombre fue Adán y la primera mujer fue Eva, nuestros primeros padres. Dios los creó insuflando el alma en algún material que había creado antes, como sugiere la Biblia.



Eran felices en el paraíso, pero ante la prueba y la tentación ellos desobedecieron. Así perdieron la amistad de Dios y el paraíso. A causa de ese pecado original nuestra naturaleza humana quedó herida, y por eso estamos inclinados al pecado, condenados al sufrimiento y la muerte.

JESÚS Y LA REDENCIÓN

Pero después del pecado de Adán y Eva, Dios no abandonó a los hombres, sino que les prometió un Redentor o Salvador.

El misterio de la Encarnación es el misterio del hijo de Dios hecho hombre. La segunda persona de la Santísima Trinidad se hizo hombre, con cuerpo y alma como nosotros, en el vientre de la Santísima Virgen María. Su nombre es Jesús, que significa Salvador.

Él es el Salvador prometido, y que ha llegado para salvarnos, para enseñarnos, con su palabra y sus ejemplos, el camino de regreso al Padre.

Jesucristo es verdaderamente **Dios**, el hijo de Dios igual en todo a su Padre.

Y es verdaderamente **hombre**, ya que tiene un cuerpo y un alma como nosotros.

Por lo tanto hay dos naturalezas en Cristo Jesús: la naturaleza divina, puesto que es Dios, y la naturaleza humana, siendo hombre.

Pero en Él hay una sola persona, que es la persona del hijo de Dios.

Habiendo nacido *por obra y gracia del Espíritu Santo*, el padre de Jesús es el padre eterno.

La Santísima Virgen María, la madre de Jesús, es la Madre de Dios, puesto que ella es la madre de un hijo que es Dios. Sólo la Virgen fue preservada del pecado original, por su Inmaculada Concepción.

Ella es también nuestra madre, como lo dijo el mismo Jesús San Juan: *he aquí a tu madre*.

San José era el esposo de la Virgen María, el padre adoptivo de Jesús y cabeza de la sagrada familia.

A la edad de treinta años Jesús salió a predicar. Eligió a sus apóstoles y los envió a *enseñar a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*.

Jesús hizo muchos milagros, demostrando que es Dios. El más grande fue su propia resurrección. Él volverá para juzgar a vivos y muertos en el fin del mundo: el Juicio Final.

Pero todos y cada uno seremos juzgados en el momento de la muerte: Juicio Particular. Todos aquellos que buscaron sinceramente a Dios irán al cielo, y quienes mueran renegando

de Él irán al infierno.

Por su muerte y resurrección Jesús nos mereció el perdón de nuestros pecados, y nos rescató o redimió de una muerte eterna: él es nuestro **Redentor**.

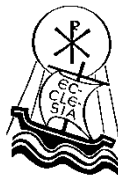
Volvió al cielo, el día de su Ascensión, para prepararnos un lugar y enviarnos el Espíritu Santo, para que amemos al Padre como lo ama Él.

Y el Espíritu divino, el día de Pentecostés, llenó a los apóstoles de sabiduría y coraje para predicar el Evangelio y fundar, en todas partes, la iglesia de Jesucristo.

LA IGLESIA

Somos cristianos, porque creemos en Cristo y queremos seguir a Jesús, como miembros activos de su iglesia.

Ahora peregrinamos en la Iglesia *militante*, rezando por los que esperan entrar al Cielo: la *Iglesia Purgante*, y todos esperamos formar parte, finalmente, de la *Iglesia triunfante*.



La misión de los cristianos en el mundo es extender el Reino de Cristo, de tal manera que el Evangelio inspire las costumbres, las leyes, toda la vida de los pueblos, conforme a la Doctrina Social de la iglesia.

Y formamos la Iglesia, que es **la comunidad de fieles cristianos, fundada por Jesucristo, y cuya cabeza visible es el Papa**. El Papa o el Santo Padre es el Vicario de Cristo en el gobierno de la iglesia. Todos los cristianos le obedecemos filialmente, y seguimos su Magisterio con fidelidad y gratitud.



Los hermanos separados

Hay una sola verdadera Iglesia, católica, apostólica y romana. Hay otras, separadas de la Iglesia católica, que no aceptan la Eucaristía, la Virgen María y el Papa. También existen sectas, que no creen verdaderamente en un Dios eterno, y que, más que religiones, ofrecen rituales para resolver problemas materiales, de salud, etc.

La iglesia en el cielo

Por la *comuni3n de los Santos*, estamos unidos a los Santos del cielo, a las almas del Purgatorio y a todos los dem1s fieles sobre la tierra.

El cielo es un *lugar* de felicidad perfecta donde los 1ngeles y los Santos ven a Dios y lo disfrutan para siempre.

El Purgatorio es un *lugar* de sufrimiento donde las almas de los justos terminan de expiar sus pecados antes de entrar en el cielo.

El infierno es un *lugar* de tormento donde los condenados est1n para siempre separados de Dios, y soportan con los demonios un sufrimiento que nunca tendr1 fin.

Queremos compartir la felicidad eterna con la Virgen Mar1a, los 1ngeles y los Santos, en la gloria que Dios nos ha preparado.

Para lograrlo, viviendo como buenos cristianos en camino al cielo, necesitamos la ayuda de Jes1s, es decir, de su gracia.

LA GRACIA

La gracia es un don sobrenatural que Dios nos da por pura bondad, y que nos hace sus hijos y herederos, hermanos de Jesús y templos vivos del Espíritu Santo.

Ella nos sana de las consecuencias del pecado original, nos eleva a una vida sobrenatural y nos hace obrar con mérito para la vida eterna. La gracia es una participación en la vida divina. Es Dios mismo viviendo en nosotros y haciendo en nosotros y a través de nosotros obras buenas y *virtuosas*.

Hay dos clases de gracia: la gracia **santificante** es el don de la vida sobrenatural, Dios que habita en nuestra alma. La gracia **actual** es una ayuda que Dios nos da en un momento para ayudarnos a hacer algo bueno.

La Gracia nos hace superar las consecuencias del pecado original, nos hace vivir la vida divina y actuar con mérito para la vida eterna. Es Dios quien actúa a través de nuestras virtudes.



Pedimos la gracia en la oración, y la recibimos habitualmente por medio de los sacramentos. Se pierde por el pecado mortal, que se opone a la gracia como el odio al amor.

EL PECADO

El pecado es una falta voluntaria contra la voluntad de Dios. Es la infidelidad a Dios, prefiriendo las criaturas a nuestro Creador, a su amor y su gracia. Se puede pecar en pensamientos, palabras, acciones u omisiones.

Según su gravedad, puede ser mortal o venial:

pecado **mortal**: es, a sabiendas y queriendo, pensar, desear, hacer u omitir algo que se opone gravemente a la voluntad de Dios. Le quita el alma la vida sobrenatural, nos convierte en enemigos de Dios y nos hace merecer el infierno.

pecado **venial**: igualmente, pero por cosas de menor gravedad, o con menos conciencia y libertad. No elimina la vida sobrenatural, pero nos inclina al pecado mortal y nos merece penas temporales, que habrá que sufrir en este mundo o en el Purgatorio.

Los pecados **capitales** son llamados así porque originan otros. Ellos son: **soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza.**

Dios es infinitamente misericordioso, y perdona nuestros pecados toda vez que nos acerquemos a Él sinceramente arrepentidos.



RECIBIMOS LA GRACIA

LOS SACRAMENTOS

La gracia nos llega a través de la oración y los sacramentos.

Los sacramentos son signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia, por los cuales recibimos la vida divina, la gracia.

Los ritos visibles, en los cuales se celebran los sacramentos, significan y realizan las gracias propias de cada Sacramento. Esas gracias aprovechan a aquellos que los reciben con las disposiciones necesarias.

Sus elementos son: la materia (agua, pan, aceite), la forma (las palabras que se dicen con la intención de hacer la acción de la Iglesia), el ministro y, especialmente, la gracia de cada Sacramento.

El Bautismo



El Bautismo nos hace nacer a la vida divina. Es el sacramento que *borra* el pecado original, nos da la vida sobrenatural y nos hace cristianos, es decir, seguidores de Jesucristo, hijos de Dios y miembros de la Iglesia.

Al recibir el bautismo se hace, por sí mismo o por los padres y padrinos, la promesa de aceptar la doctrina de la iglesia y de vivir en conformidad con ella, renunciando al pecado y a toda influencia del demonio.

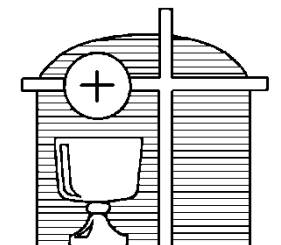
Los ministros habituales del bautismo son los sacerdotes y diáconos, pero en caso de necesidad cualquier persona puede y debe bautizar.

La Eucaristía

La Eucaristía alimenta a nuestras almas en la Comunión.

Es el Sacramento que contiene realmente el cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesús bajo las apariencias del pan y del vino.

Con estas palabras: *esto es mi cuerpo, ésta es mi sangre*, Jesús cambió el pan en su Cuerpo y el vino su Sangre.



Con estas palabras: *Hagan esto en memoria mía*, le dio a sus Apóstoles y a todo sacerdote el poder de hacer la Eucaristía, y es lo que se hace en el

momento de la Consagración, en la Santa Misa.

La misa es el sacrificio en el cual Jesucristo se ofrece a Dios su Padre, como víctima por nosotros, en memoria del sacrificio de la Cruz, por el Ministerio de los sacerdotes.

En la liturgia, es decir nuestra oración en la Iglesia, las familias se reúnen para elevar sus oraciones a Dios y recibir su bendición.

Para hacer una buena comunión hay que estar en estado de gracia. Además, desde una hora antes del momento de recibir la comunión, no hay que comer ni beber nada que no sea agua o alguna medicina.

Conviene prepararse para ella haciendo actos de fe, de amor y adoración. Después de la comunión agradecemos ese regalo divino, pedimos lo que necesitamos, para nosotros y para los demás, y prometemos a Jesús que viviremos como corresponde a sus amigos.

Reconciliación

La Penitencia cura y limpia nuestras almas de pecados. Es el Sacramento que borra los pecados cometidos después del bautismo.

Por este Sacramento, el cristiano se reconcilia con Dios y su Iglesia, sus pecados son perdonados y se fortalece para la lucha contra las tentaciones que vendrán.

Jesús instituyó el Sacramento de la penitencia diciéndole a sus apóstoles: *los pecados serán perdonados a aquellos que ustedes se los perdonen.*

Para obtener el perdón de los pecados, por la absolución, necesitamos:

- arrepentimiento sincero (contrición)

- declarar los que recuerdo (confesión)
- reparar, todo lo necesario y posible, los posibles daños cometidos (reparación).



Estamos obligados a confesar los pecados mortales, con el deseo de restablecer la amistad con nuestro Señor.

Para eso nos ayuda el examen de conciencia. Se trata de recordar los pecados cometidos desde la última confesión bien hecha, sea en relación con Dios y con los demás, sea en relación con los Mandamientos.

En la confesión, hay que declarar los pecados que se recuerdan, sin callar nada voluntariamente.

Pero lo más importante es la contrición, el estar arrepentido de haber ofendido a Dios, y proponerse evitar las ocasiones de volver a hacerlo.

El sacerdote, por su parte, está obligado a mantener el secreto de confesión. Nos da la absolución, es decir, el perdón de Dios, significado en la bendición y las palabras que Cristo nos dice a través de él: *Yo te absuelvo de tus pecados...*

La Confirmación

La Confirmación fortalece en nosotros la vida divina. Es el Sacramento que nos da el Espíritu Santo con la abundancia de sus dones, para hacer de nosotros perfectos cristianos, testigos y apóstoles de Jesucristo. Este Sacramento nos confirma y nos hace fuertes en la fe, para que seamos capaces de dar un testimonio cristiano en las diversas circunstancias de nuestra vida.

Para recibir bien este sacramento hay que estar en estado de gracia, es decir haber hecho, si era necesario, una buena confesión.

La unción de los enfermos

La unción de los enfermos, antiguamente llamada *extremaunción*, es el Sacramento que alivia el alma de los enfermos, uniéndolos a Jesús en su Pasión, borrando todo resto de pecado, fortaleciéndolos contra las tentaciones y ayudándolos, si es el caso, a morir en paz.

Es un gran consuelo para los enfermos, suavizando sus sufrimientos y hasta restaurando la salud del cuerpo, si Dios lo dispone, como sucede con frecuencia.

El orden sagrado

El orden sagrado es el sacramento que consagra a los sacerdotes y les da el poder y la gracia para realizar santamente los deberes de su ministerio.



Marca a los ministros, para toda la eternidad, con el *carácter* sacerdotal, fuente de gracia para cumplir fielmente la misión recibida de la Iglesia.

El orden incluye tres grados: Diácono, Presbítero y Obispo.

El matrimonio

El matrimonio es el sacramento que une ante Dios a un hombre y una mujer para formar una familia sólidamente fundada en el amor mutuo y la gracia divina.

Supone un esfuerzo, durante el compromiso, de preparación con la oración, el conocimiento mutuo y la perseverancia en la virtud.

Al casarse por la iglesia, el Sacramento asegura a los novios la gracia de amarse fielmente, de vivir en familia feliz y santamente, y de educar a los hijos como buenos cristianos.



IMITAMOS A JESÚS

EL ESTILO DE VIDA DEL CRISTIANO

El gran modelo de todos los cristianos es nuestro Señor Jesucristo: *Les di ejemplo, para que hagan como yo*. Imitamos a Jesús haciendo la voluntad del Padre. Y conocemos su voluntad por los mandamientos y la doctrina moral de la Iglesia.

El gran mandamiento en el que Jesucristo resumió su ley de amor es el mandamiento de la caridad: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y amarás a tu prójimo como a ti mismo". Este sí al amor de Dios implica algunos no a todo lo que se opone a él:

Los mandamientos de Dios

1. Amar a Dios sobre todas las cosas.
2. No tomar su santo nombre en vano.
3. Santificar las fiestas.
4. Honrar padre y madre.
5. No matar.
6. No fornicar.
7. No hurtar.
8. No levantar falso testimonio ni mentir.
9. No desear la mujer de tu prójimo.
10. No codiciar los bienes ajenos.



Por el primero, segundo y tercer mandamiento, Dios nos revela que él es el Amor infinito, y pide que lo amemos más que a nada en el mundo. Tenemos que adorar únicamente a Dios, y no creer en supersticiones, es decir en lo que no tiene ningún fundamento para reclamar nuestra fe. Él nos da todo, y

nos pide a cambio muy poco: acompañar a Jesús en misa, al menos el domingo: *el día del Señor*.

El quinto, sexto y noveno nos manda respetar el cuerpo, propio y ajeno, sin abusar de él ni por placer ni por violencia.

El octavo nos quiere amigos de la verdad, sin querer engañar a nadie, sin hablar mal de los demás aunque sean cosas verdaderas (difamación), y menos aún falsas (calumnia).

El séptimo y el décimo quieren que no caigamos en la tentación de apoderarnos de lo ajeno, siendo justos en el trato con todos.

Un buen cristiano no sólo quiere cumplir los mandamientos, sino también imitar a Jesús, que no sólo respetó lo que cada uno merecía, en estricta justicia, sino que se sacrificó para que todos tuviéramos lo que necesitábamos, por caridad.



Los preceptos de la Iglesia

Somos miembros de la Iglesia, y solidarios con su obra. Por eso queremos:

Participar de la Misa los domingos y las fiestas de guardar.

Confesar y comulgar por lo menos una vez al año, en el tiempo de Pascua.

Hacer un acto de penitencia los días fijados por la iglesia.

Sostener con nuestros recursos el culto y la acción de la iglesia.

Las virtudes

Caminamos hacia la perfección en la medida en que realizamos nuestras posibilidades de conocer y amar a Dios,

nuestro Padre, y a los demás, nuestros hermanos.

Así cultivamos en nosotros la imagen y semejanza de Dios. Y tratamos de hacerlo libre y habitualmente, obedeciendo, en conciencia, a la ley moral, siguiendo los Mandamientos y el ejemplo de Jesús.

Esas posibilidades, hechas *buenos hábitos*, son las **virtudes**, las inclinaciones a querer lo mejor y hacer siempre lo que es agradable a Dios.

La conciencia es el juicio que hacemos de nuestras propias acciones. Para educar la propia conciencia recibimos, con gratitud, la ayuda del Magisterio de la Iglesia, de acuerdo a la Palabra de Dios y la ley natural.

Hay dos clases de virtudes sobrenaturales: las virtudes teologales y las virtudes morales:

Las virtudes **teologales** son: Fe, Esperanza y Caridad.

Las virtudes **morales** son: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

Por la fe, asentimos a todo lo que Dios ha revelado y que, por la Iglesia, se nos propone para creer. Así podemos mirar el mundo en una nueva luz, y a los demás como hermanos.

Con esperanza, confiamos llegar a la gloria, con la ayuda de la gracia y nuestras buenas acciones. La esperanza alienta nuestra perseverancia en la virtud.

Por la caridad amamos a Dios sobre todas las cosas y a los demás como a nosotros mismos, por amor a Dios. Si la gracia es Dios viviendo en nosotros, la caridad es Dios amando desde nosotros.

Las principales virtudes morales son: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Ellas nos ayudan a dirigir correctamente nuestra vida.

La prudencia nos hace elegir los medios mejores para alcanzar nuestro fin, tanto en el plano natural como en el sobrenatural. Nos enseña, por ejemplo, que no se puede hacer un mal, como matar a un inocente, para conseguir un bien.

La justicia nos mueve a dar a cada uno lo que le corresponde. Si tenemos algo ajeno, la justicia nos lleva a devolverlo tan pronto como sea posible.

La fortaleza nos hace superar los obstáculos que se oponen a nuestro deber. A veces es difícil dar un testimonio cristiano delante de los amigos: *¡sean fuertes, no teman!*

La templanza nos ayuda a moderar los placeres de los sentidos. La austeridad, la sobriedad, la castidad, tanto en actos como en conversaciones, son expresiones de una persona virtuosa.

Los dones del Espíritu Santo

Más allá del esfuerzo de las virtudes, **los dones del Espíritu Santo** nos llevan a actuar en el mismo sentido.

Los dones son un impulso del amor divino, que nos facilita el obrar bien.

Los dones son siete: sabiduría, inteligencia, consejo, ciencia, fortaleza, piedad y respeto o temor de Dios.

También podemos apreciar la acción de los dones del espíritu en las vidas de los **Santos**, que conviene leer a menudo para que sus ejemplos nos alienten en el camino a la santidad.



ORACIONES PRINCIPALES

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal. Amen.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de Tu vientre, Jesús.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amen.

Pésame, Dios mío, y me arrepiento de todo corazón de haberte ofendido. Pésame por el cielo que perdí y por el infierno que merecí.

Pero mucho más me pesa porque pecando ofendí a un Dios tan bueno y tan grande como Vos. Antes querría haber muerto que haberte ofendido, y propongo firmemente no pecar más y evitar todas las ocasiones próximas de pecado. Amen.

(Más oraciones en el Breve Devocionario)

APÉNDICE

MÁS SOBRE LOS SACRAMENTOS

Fuimos creados por Dios, para compartir Su Gloria, Su infinita felicidad en el Cielo.

Pero necesitamos que Él viva en nosotros, para que pueda amarse en nosotros, y eso es la Gracia: nuestra participación en Su naturaleza divina. La debemos pedir en la Oración, y normalmente la recibimos por medio de los Sacramentos, que son los 7 canales por donde la Gracia viene a *divinizarnos*.

En cada uno de ellos la Gracia tiene un matiz peculiar:

* en el **Bautismo**, es la gracia de la filiación divina: nos hace hijos de Dios.

* en la **Confirmación**, recibimos en mayor plenitud esa semilla bautismal, con los Dones del Espíritu Santo.

* en la **Eucaristía** comulgamos con el mismo autor de la Gracia, Jesucristo Nuestro Señor, intimando con El, en humilde adoración, como dos que se aman y se poseen.

* en la **Penitencia** recuperamos la Gracia perdida por el pecado, restableciendo la amistad y disponiéndolos a cultivarla.

* en el **Orden Sagrado**, Dios da a Su elegido la gracia de la configuración con Jesucristo Sacerdote, y la ayuda para un fiel desempeño del Ministerio.

* en el **Matrimonio**, en cambio, se recibe el don de la mutua fidelidad y comprensión para hacer del hogar un reino del amor y la felicidad familiar.

* en la **Unción** de los Enfermos, por último, Dios asocia, al que está padeciendo, al Cristo que sufrió por nosotros, dándole, en esos momentos difíciles, un sentido a su dolor, aliento para sobrellevarlo (y reponerse), y mayor pureza de alma para ser recibido en el Cielo.

I ¡Vamos a un bautismo!

Todos, en cualquier momento, vamos a participar de un Bautismo. Como en el nuestro no teníamos mucha conciencia de lo que nos estaba ocurriendo, va a ser providencial el volver a estar cerca de la fuente (y de la gracia) bautismal.

Aprovechemos, entonces, para reavivar algunos conceptos.

Efectos del bautismo

Por él comenzamos a disfrutar de la condición de hijos de Dios. ¡Comienza la vida! *Nacemos* a la gracia, a la vida que anima nuestra alma así como el alma anima nuestro cuerpo: *si la vida del cuerpo es el alma, la vida del alma es Dios*, dice San Agustín.

Este sacramento

- quita el pecado original, la mancha heredada de Adán y Eva, la culpa cometida en ellos, reconciliándonos con Dios. Nos quedan, sin embargo, las malas inclinaciones.
- nos infunde la gracia, que nos fortalece para combatir las, haciéndonos, como hemos dicho, hijos de Dios y herederos del Cielo.
- y nos imprime carácter: ya no podemos volver a la anterior condición, puramente natural. Seremos, para la eternidad, buenos o malos hijos de Dios, cristianos.

Exigencias

El bautizado deberá esforzarse, por consiguiente, por vivir en forma coherente con esa *semilla de Dios* que la Iglesia ha sembrado en él, cultivándola con la oración, los sacramentos, y las virtudes.

Los padrinos van a cooperar con sus oraciones, su ejemplo y sus consejos. Se les exige ser bautizados en la Iglesia Católica y estar en condiciones de dar un testimonio adulto de vida cristiana. Ellos ejercen una cierta *paternidad espiritual*, compromiso para toda la vida.

El rito del bautismo

En la ceremonia del Bautismo se va explicando, a cada paso, el sentido del ritual.

Resalta el papel de los padres y padrinos, por cuya Fe (profesión del Credo y consiguiente renuncia al pecado y al demonio) y por cuya intención de pedir el Bautismo los bautizados van a recibir el sacramento.

Para ello la Iglesia los irá acompañando, a lo largo de la vida, con los sacramentos, a la vez que encomienda a los nuevos cristianos al cuidado de los padres y padrinos.

Después de la proclamación de la Palabra de Dios, se reza el **exorcismo**, es decir, la Oración con la que se expulsa al demonio.

Todo ser humano viene al mundo con las consecuencias del pecado original: la **enemistad con Dios**, mancha que será lavada por el agua del Bautismo, y las malas inclinaciones, que perduran. Para la lucha contra éstas, precisamente, se recibe a continuación la Unción con el óleo consagrado, que fortalece frente a las tentaciones.

Luego tiene lugar el rito propiamente dicho del Bautismo, con la bendición del agua, renuncia al pecado y Profesión de Fe, por el que el Catecúmeno comenzará a ser Hijo de Dios y de María Santísima.

Dios habitará en él, y en él va a engendrar a Su Hijo, el Verbo de Dios, y en su alma procederá de ambos el Espíritu Santo, como el Amor con que se aman y son infinitamente felices: Dios habitará en él, obrando trinitariamente.

Será, entonces, un Templo de Dios, con vocación a la misma Bienaventuranza divina, para la que fuimos creados.

El nuevo cristiano será ungido en la frente (el lugar más visible) con la señal de la Cruz (la señal de los cristianos). Así se significa cómo debe ser de visible nuestra condición y conducta de dignos hijos de Dios.

Tocando el cirio encendido, manifestamos el compromiso asumido, de hacer que esa luz, encendida en el alma del bautizado, nunca se apague, sino que la mantenga encendida gracias, también, a nuestras oraciones, consejos y ejemplos.

Efeta!, ¡ábrete!: ábranse esos oídos para escuchar la divina Palabra, y esa boca para alabar al Padre del Cielo, como lo haremos todos ahora con la Oración del Señor.

Y así debemos alabarlo siempre, con pensamientos, palabras y obras, a lo largo de la vida, y comunicando esa Gracia, contagiándola, como un fuego que llevamos dentro y que busca, para no apagarse, expandirse en apostolado.

II *Dispuestos al testimonio:*

LA CONFIRMACIÓN

Este es el sacramento que nos da el Espíritu Santo, fortaleciéndonos y *confirmándonos* en la Fe recibida en el Bautismo.

Como todo sacramento, es un signo sensible (*se ven* la imposición de manos y la unción en forma de cruz hechos por el obispo, y *oímos* las palabras que dice), que nos comunica algo *invisible*: la Gracia del Espíritu Santo que se nos da y que nos reafirma en la Fe recibida.

Si el Bautismo es el sacramento de la iniciación en la Vida Divina en nosotros, la Confirmación, como algo propio de adultos, nos mueve a defender esa vida de gracia y a dar razón de lo que creemos.

Nos dispone para el combate contra los tres enemigos del alma (el mundo del pecado, el demonio y las malas inclinaciones).

Disposiciones

Para recibirlo bien es preciso

- Estar en gracia de Dios, para que este sacramento nos la aumente. Si se lo recibiera en pecado mortal, el sacramento valdría, pero obraría sólo después de una buena confesión.
- Conocer la Doctrina cristiana, que habremos de defender aún a costa de la vida (como los mártires).
- Acercarnos a recibirlo con gran devoción y piedad, como corresponde.

Efectos

Y ¿qué hace en nosotros la Confirmación?

- Imprime el carácter de testigos de Cristo nuestro Señor.

- Aumenta la gracia, la Vida divina, la amistad con Cristo, que pedimos en la Oración, recibimos en los sacramentos y defendemos contra cualquier tentación.

- Nos fortalece, efecto propio de este sacramento, especialmente en circunstancias difíciles en que se nos exija un valiente testimonio de nuestra Fe, de amor a Dios, de nuestra pertenencia a Su única Iglesia (Católica, Apostólica, Romana).

La fuerza del Amor, por la presencia del Espíritu Santo, nos anima a vencer a cualquier enemigo del alma, obrando según sus dones: sabiduría, entendimiento, consejo, ciencia, fortaleza, piedad y temor de Dios.

Ser cristiano no es fácil, entre los malos ejemplos, las malas inclinaciones, el Tentador, y -como si esto no fuera bastante- las pretensiones de justificar esas verdaderas claudicaciones que son los pecados.

Pero para el que asume su vida cristiana como lo que es, *milicia* para conquistar el Cielo, el triunfo estará en la perseverancia en ese combate espiritual. Esa será su victoria: que Dios, cuando venga a buscarlo, lo encuentre *en pie de guerra* (aún con algunas cicatrices...), en marcha a través de las variadas circunstancias de la vida.

Cristo el Señor va delante, la Virgen Nuestra Madre y Señora nos guarda, los Ángeles y Santos nos alientan con su ejemplo e interceden por nosotros.

Cristianos valientes, *confirmados* en Su Amor, ¡adelante!

III ¡Vamos a misa!

LA EUCARISTÍA

Acerquémonos al altar, sin miedo. Estamos *en casa*. Ya aparecerá el sacerdote, seguramente con monaguillos. Mientras lo esperamos, pensemos un poco en lo que va a ocurrir.

Por empezar, no creamos que el protagonista es el sacerdote, sino en todo caso secundariamente. Sabemos que Cristo, Dios hecho hombre para salvarnos de la eterna condenación, murió y resucitó. Pues bien, ese sacrificio se repite, misteriosamente, en la celebración de la Santa Misa.

Es decir, Dios mismo se hace presente en la Iglesia, renueva el misterio de la Redención, y se nos da hecho alimento espiritual para nuestra vida cotidiana. Vida de familia, de trabajo, de estudio, de relación..., siempre queriendo hacer el bien y con sentido y mérito para después de la muerte.

Y bien, para obrar bien, y hacer bien el bien que hagamos, Dios nos dará luz, paz, serenidad, consuelo... Va a traernos Su gracia, y a eso hemos venido: a pedirla.

Y aparece el celebrante. Besa el altar, adhiriendo al Sacrificio de Cristo, y todos rezamos el acto de contrición, purificándonos para acercarnos al Señor que es la Santidad misma.

Escuchamos las lecturas de Su Palabra, que por el misterio de la Liturgia nos traerán, seguramente, algún mensaje personal. El *sermón*, predicación u homilía, hace llegar esa Luz a las diversas circunstancias de nuestra vida, preparándonos para unirnos con Dios en una Vida, en un mismo Cuerpo, en común-unió eucarística.

Pero antes que esto, respondemos a esa Palabra, a esa invitación divina, ofreciéndonos a Aquél que por todos se ofreció hasta morir. Es el ofertorio, y hacemos el propio en esas hostias blancas que nos representan, y que van a ser *cambiadas*, por las palabras de la consagración, en el mismo Cuerpo del Salvador, así como el vino se hará Su misma Sangre.

A todo esto vemos gestos, oímos oraciones, en algunos momentos la gente canta. Así, para la consagración, nos arrodillamos, en adoración sincera. Le decimos interiormente, por ejemplo: -*Señor mío y Dios mío...*

Y cantamos -con canciones apropiadas a esa finalidad- alabando al *Dios-con-nosotros*.

Todo nos ayuda, litúrgicamente, a elevarnos. No tenemos que distraernos, ni tampoco *entretenernos*. Estamos participando del Misterio que se está realizando.

Y así como todos necesitamos del perdón, y a todos se dirige la Palabra divina, todos le respondemos ofreciéndonos para lo que guste mandar...

Él nos recibe, nos *consagra* haciéndonos *otros-Cristos*, nos reúne en Su Cuerpo Místico animado por el mismo Espíritu de Amor.

Por eso Dios quiere que todos nos acerquemos a comulgar, a recibirlo en el Santísimo Sacramento -debidamente preparados-, para salir de Misa fortalecidos, entusiasmados (que quiere decir, en griego, *endiosados*, poseídos del gozo divino).

Y si el sacerdote nos despide con la bendición en forma de Cruz, esto nos recuerda que volvemos a la lucha y cruces cotidianas. Pero volvemos dispuestos a llevar la cruz con ánimo, sabiendo que Cristo la llevó por nosotros, y la lleva con nosotros. Aún más, volvemos resueltos a llevarla con alegría, pues toda cruz tiene sentido y mérito unida a la Cruz

redentora de Cristo que ha resucitado, venciendo a la muerte y abriéndonos el Cielo.

Gracias a la Cruz, entonces, gracias a la Misa, podemos ser santos y eternamente felices en la Bienaventuranza para la que hemos sido creados.

Si vamos viviendo así la Misa, haremos de ella, cada vez más, nuestro cielo en la tierra.

¡Vamos, entonces, a Misa!, sin vacilar, sin rezongar, sin quedarnos en la vereda, sin querer deformarla. Vamos alegremente al Santo Sacrificio de la Misa.

IV *Restablecer la amistad*

LA RECONCILIACIÓN SACRAMENTAL.

-Perdoname, Fulanito, estuve mal...

Así reparamos una ofensa y restablecemos, con nuestro amigo, una relación que valoramos y queremos cultivar. Y sólo nos quedamos tranquilos cuando sentimos su mano y vemos su sonrisa y escuchamos su:

-¡No es nada!, no sé de qué estás hablando...

Ese es el *signo* del perdón y de que, en adelante, todo sigue como antes. Y todavía mejor. Porque hemos *mostrado* que esa amistad significa algo y mucho para nosotros.

Somos sensibles. Así nos hizo Dios.

Y con Él ocurre algo parecido, cuando lo hemos ofendido (después de todo, ¿no fuimos hechos *a Su imagen y semejanza?*).

Es decir, cuando la conciencia nos *remuerde*, llamándonos la atención sobre algo que *sabemos* que estuvo mal -o menos bueno y que demuestra poco amor-, entonces queremos volver a Su amistad. Y querríamos escuchar Su voz y tener como un *signo* de su perdón. ¿Es posible?

El sacramento de la Penitencia, o Confesión o Reconciliación, es precisamente el medio que Dios ha puesto a nuestro alcance para restablecer de inmediato la amistad con El, perdida por el pecado.

Y en este misterio de reconciliación con Dios, hay también un elemento sensible: *vemos* al sacerdote, bendiciéndonos, y *escuchamos* las palabras de perdón, la *absolución* del que hace de intermediario del perdón de Dios: *a quienes les perdonen los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengan, les quedan retenidos...*

Es que también para las cosas de la religión somos sensibles. ¡Así nos hizo Dios!



¿Qué hace falta?

Para una buena confesión es preciso, en primer lugar, tener **Fe**. Fe para *saber* que hay un Dios, Sabio y Bueno y Justo, al que ofendo con mi *hacer lo que Él no quiere* o por *no hacer lo que Él me pide*. Fe para descubrir en el confesor al representante de Dios; y para reconocer en él al juez, al médico, al maestro y al padre espiritual.

Fe y, en segundo lugar, **obrar** en consecuencia. Porque a un Dios tan bueno y tan generoso tenemos que responderle con amor y gratitud. ¿Le habremos fallado? Conviene pues *examinar* la conciencia. Esto es, recordar en qué pudimos haberlo ofendido, para *confesarlo* debidamente.

Luego -y es lo más importante- hay que *dolerse* de los pecados cometidos, con un arrepentimiento eficaz. Es decir con el dolor de una voluntad decidida a *no volver a las andadas* (aun cuando la sensibilidad no acompañe). Por ello es coherente la necesidad de *proponer la enmienda*, como cuando le aseguramos a nuestro amigo que *esto no volverá a ocurrir...*, y ponemos los medios para que así sea.

Una vez confesados todos los pecados mortales que se recuerden -y convenientemente también los veniales-, vamos a *cumplir la penitencia* que nos impone el confesor, *reparando* la ofensa a Dios y al prójimo, *restituyendo* lo sustraído (cosas, fama, etc.), *removiendo* obstáculos a la gracia (incitaciones y ocasiones de reincidir, etc), *reconciliándonos* con quien sea.

¿Cada cuánto?

Es muy conveniente confesarse con frecuencia, ya que la gracia propia de este sacramento no sólo nos perdona los pecados cometidos sino también nos da la fuerza necesaria para superar esas mismas tentaciones en adelante.

Además, el examen de conciencia nos va ayudando a conocernos mejor. Más aún, nos va dando como un cuadro de la situación, como una pintura del *jardín de nuestra alma*, o una reseña del *campo de batalla*, para organizar mejor nuestra estrategia espiritual en adelante.

Finalmente, no nos desanimemos si vemos que en dicho *jardín* siempre crecen los mismos *yuyos*... Cada uno y cada una tiene, en las distintas etapas o circunstancias de su vida, un problema o una tentación particular que se repiten. Ahí hemos de trabajar, reforzar, tal vez tomar una firme decisión.

Una vez sinceramente confesados, no dejemos que ninguna consideración nos quite la alegría de habernos reconciliado con Dios, en Cristo, en la Iglesia.

Práctica de la confesión

Normalmente nos preparamos para una buena confesión con una suerte de *actos preparatorios*:

+ Damos gracias a Dios por todos sus beneficios, naturales y sobrenaturales, pasados, presentes y futuros.

+ Pedimos a Dios Su ayuda, luz y gracia para conocer las propias faltas y odiarlas eficazmente en adelante...

Luego **nos examinamos**, en base a

I - *los pecados capitales* soberbia - avaricia - lujuria - ira - gula - envidia - pereza.

y las virtudes opuestas humildad - desprendimiento - pureza - mansedumbre - templanza - caridad fraterna - diligencia y fervor.

II - *los consejos evangélicos*

+ mi entrega del corazón a Dios y deseo de amar a Jesús con todo el corazón;

+ mi obediencia a quienes representan la autoridad de Dios.

III - Los 10 mandamientos (ver pag.)

* * *

El examen particular

Un pequeño secreto, para el efectivo crecimiento en el amor de Dios y en las virtudes, es el centrar la estrategia en un defecto, y por un tiempo dedicarse a combatirlo sin tregua.

Propongámonos hacer el *examen particular* durante toda la semana o el mes, acerca de lo que la confesión nos sugiera.

V *¿Llamar al cura?*

LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

Esta elocuente historia va a exponer muy bien el tema:

Juan está enfermo. Primero fueron unos dolores en el brazo. Luego se extendieron al pecho. La mujer intuyó en seguida que se trataba de un cáncer. Se mordió el labio y disimuló cuanto pudo su dolor, y se dedicó por entero a atender a su marido, para aliviarle todo lo posible la que ella no sabía si sería larga o corta ...agonía.

Dos meses después Juan ya no podía hablar, aunque escuchaba y entendía. Una mirada de pena era su expresión permanente. Y la mano apretaba con firmeza el pequeño crucifijo donde otro crucificado le mostraba -como a todo el que quisiera ver- el difícil arte de sufrir.

Juan había sido un hombre bueno toda su vida. No tan asiduo en la Parroquia como su esposa, pero fiel a su comunión semanal. Y lo hacía notar durante la semana, cuando se presentaba la ocasión de dar una mano a los vecinos. *¡Una mano lava la otra!*, les solía decir. Y esta frase habitual era su traducción personal de la comunión fraterna en el único Cuerpo místico de Cristo. Él había sido, de una u otra manera, *otro-Cristo* haciendo el bien alrededor.

Ahora Cristo lo quería ver identificado con Él también en el dolor, en el sacrificio que salva otras almas cuando es aceptado y ofrecido.

* * *

Ya no quedaba mucho tiempo de vida para el cuerpo de Juan. La mujer se daba cuenta y quería traer al párroco para acompañarlo, pero la hija y -sobre todo- el yerno no querían ni hablar de ello. El yerno porque se había peleado con el cura. Y

la hija porque un pastor la había hecho dejar la Iglesia, y ahora insistía en que, si llamaban al párroco, el papá *se iba a asustar*.

Y ella no estaba para pelear, ni quería que Juan los viera discutiendo. Pero se iba acercando el desenlace. El sacerdote le había dicho que iría en cualquier momento. Que no importaba si alguien se oponía. Que lo más importante era que Juan recibiera el Sacramento que le daría la gracia especial para sobrellevar la prueba y prepararse mejor, bien purificado, para morir como Dios manda, sin desesperarse, sin turbaciones, en paz.

Ella quería que Juan, si tenía que sufrir, lo hiciera con el mayor consuelo. Y si tenía que morir que fuera en gracia de Dios, con paz en el alma, y hasta con una sonrisa...

Pero por aquella pelea del yerno con el sacerdote (que lo había retado porque andaba en cosas raras), y por la influencia de una de tantas sectas que aparecen como hongos y mueren con el pastor, su pobre Juan no recibía la bendición que Dios tiene reservada para los enfermos.

Hasta que se anunció el Párroco, y vino igual. Nadie se animó a ponerse en su camino, sobre todo al verlo tan decidido. Y Juan lo recibió con una mirada en la que había desaparecido la pena. Sin demasiadas palabras, sin cansarlo, el cura le dio la absolución, proponiéndole que ofreciera como reparación todo lo que estaba padeciendo.

Y tomando el óleo o aceite consagrado bendijo a Juan con la Unción de los Enfermos, en la frente y en las manos. La mujer acompañaba con esperanza la administración del Sacramento, por el que Dios asociaba a su marido en agonía al Cristo que sufrió por nosotros. Al Cristo que le daba mayor pureza de alma como para ser recibido en el Cielo. Al Señor, Buen Pastor y Samaritano que les daba, a Juan y a ella, un sentido a su dolor y aliento para sobrellevarlo en esos difíciles momentos.

En fin, se unía a Jesús, el Hijo de María, *Salud de los enfermos*, cuya presencia sin dudar se hace notar, Madre como es de todos y cada uno de los cristianos.

Como en los demás sacramentos, en la Unción de los enfermos recibimos la gracia de Dios a través de Cristo, Dios hecho hombre, y por las manos maternas de María Santísima, *Medianera de todas las gracias*.

* * *

Suele suceder que un enfermo recobre la salud, al menos por un cierto período, al recibir este Sacramento. Así lo reconocen frecuentemente los médicos. Si la gracia divina recibida fortalece el alma del cristiano, y de tal forma que una fuerza nueva y superior coopera para el bien total de la persona, no es extraño que el mejor estado anímico del paciente influya sobre su organismo de manera positiva.

Por todo ello, por motivos sobrenaturales (la gracia de Dios) y por motivos naturales (el frecuente restablecimiento de la salud) siempre es conveniente recibir la Unción (antes llamada *extremaunción*), el sacramento de los enfermos. Hay que vencer cualquier obstáculo, sea por parte del enfermo mismo como por parte de los que lo rodean (prejuicios, ignorancia, vanas aprehensiones y temores, etc.).

Y es conveniente hacer público el propio deseo de que venga un sacerdote a acompañarnos en cualquier enfermedad. Y es preciso llamarlo en cualquier momento en que sea necesaria su presencia, y con su presencia el consuelo, la fortaleza, la tranquilidad espiritual y la alegría de saberse en paz con Dios y preparados, como las *vírgenes prudentes* del Evangelio, para salir al encuentro del Señor que viene a buscarnos en el momento que sólo Él sabe.

* * *

Como Juan, que murió a los pocos días con una expresión de contagiosa serenidad.

VI *El misterio del Sacerdote*

EL ORDEN SAGRADO

¿Quién es éste que se permite decir a todos lo que pueden o no hacer..? ¿Quién es éste para pretender que, al decir *esto es Mi cuerpo*, y *Yo te absuelvo* y te perdono..., Dios mismo se hace presente, en el altar o en el que había pecado...?

Para el Cielo...

El Sacerdote, no hay duda, es un hombre misterioso. Y así lo manifiestan muchas veces aquéllos que, con o sin simpatía, no lo entienden.

Está envuelto en el Misterio del Cielo. Es el *hombre-para-el-Cielo*, y su vida y su misión no tienen sentido fuera de ese contexto. Lo demás es accesorio, preparatorio o consecuencia de esta realidad. De hecho, con su palabra y con su ejemplo predica qué hacer para ir al Cielo. Y con su ministerio hace el Cielo una realidad:

“ **bautizando**, hace nacer al Cielo, a la posibilidad de la Herencia Eterna;

“ **confesando**, vuelve al camino del Cielo a los que lo habían perdido;

“ **consagrando** en el Altar, les trae a la tierra un poco de Cielo, pues el Cielo es Dios, y les trae a Dios;

“ **dándoles la Eucaristía** fortalece a los que marchan al Cielo en medio de las luchas y caídas...

“ **bendiciendo los matrimonios** testimonia, en nombre de la Iglesia, que Dios ayudará a los contrayentes a hacer de su vida matrimonial un medio propicio para este peregrinar;

“ y, con **la Unción y el Santo Viático**, les abre a los enfermos las puertas de la Bienaventuranza.

...en la tierra.

Vive, como Cristo, en función del Cielo. Pero no por ello se desentiende de las realidades terrenas. Ellas han de ayudar y no oponerse a ese crecimiento de la vida de la Gracia en sí mismo y en los demás; especialmente en aquéllos que Dios va a encomendar a su cuidado, para la *cura* espiritual.

Porque el Cielo es un Premio que el Señor ayuda a conquistar en esta tierra. Y para enseñar a los fieles y alentarlos en la restauración de todas las cosas en Cristo, Dios envía a los Sacerdotes, humildes canales de la Gracia, ecos fieles del único Maestro y Rey, *cuyo es el Reino, el Poder y la Gloria por siempre.*

El Sacerdote será, para todos, eso y más: será el padre y el amigo, que con la misma caridad aliente y reprenda, atienda y comprenda, aconseje y esté siempre dispuesto a darse, a imitación de Jesucristo que se dio entero por todos en la Cruz.

Será un nuevo-Cristo que repetirá la presencia santificante y consoladora de ese mismo Cristo que *pasó haciendo el bien*, y que lo sigue haciendo por medio de sus Sacerdotes.

¿Por qué lo llaman *Padre*? Porque la suya es una paternidad más alta que la de la sangre: él engendra, con su ministerio sacramental, numerosos hijos para la Vida Eterna, en la Iglesia.

Y aquí tocamos otra vez el misterio. ¿Por qué el Sacerdote no se casa? Porque *no quiere*. Como el que está enamorado de otra persona *prescinde* de las demás... Un amor intenso a Jesucristo y a Su Madre Santísima llena en su corazón sacerdotal el lugar del afecto a una mujer y una familia. En otras palabras, su vida de *oración habitual* -breviario en mano y amigo del sagrario- hace a su celibato alegre y fecundo.

Como ocurre en el matrimonio natural, ese fuego de amor requiere alimento constante. Es también responsabilidad de los seglares el ayudar a sus sacerdotes a que mantengan siempre vivo, para sí y para los fieles que disfrutan de su ministerio, el

calor del fervor, la luz de la doctrina segura, el gozo de un feliz apostolado.

VII *¡Cásese quien pueda!*

EL MATRIMONIO

¿Y quién puede?

No sólo el que tiene con quién..., sino con qué... Con qué comenzar a construir una obra tan hermosa, con qué lanzarse a una aventura tan llena de satisfacciones, con qué sembrar esa planta alta y firme que, a pesar de los vientos y tormentas, los posibles ataques y *terremotos*, echará raíces, florecerá y dará frutos, en la paz del hogar.

Y evitará esa amenaza que se cierne y cae hoy sobre tantos jóvenes matrimonios mal cimentados, inseguros, sin madurez: el fracaso del divorcio, ruina del matrimonio. Fracaso posible, pero evitable, ciertamente, si antes de techar se aseguran las paredes... Si el árbol ha podido madurar:

“ Si hay edad suficiente.

“ Si el amor no se queda en el atractivo sensible, sino que se hace cada vez más profundo, más espiritual, más de fidelidad que de sensibilidad.

“ Es decir, si hay disposición al sacrificio, *prueba de amor* verdadero, pues sin ella no habrá amor sino dos egoísmos que se juntan, y nunca para siempre.

“ En fin, si hay conciencia de lo que *no* es el matrimonio (mera satisfacción de un placer, algo disoluble y *compartible*...) de *lo que es*, los derechos y obligaciones que implica, su fin, su ideal.

Y para esta maduración está el *noviazgo*, que vive y supera las etapas inevitables: la del principio *color de rosa*, la del amanecer de los defectos respectivos, hasta llegar a la de

amarse, luego, entre nubes rosadas y defectos, disfrutando del amor y ayudándose a ser mejores, a quererse mejor...

¡Para eso está el noviazgo! Pero un noviazgo que no precipita lo que será propio del matrimonio, y que sí anticipa lo que lo hará duradero.

Y ¿qué es?

Hoy como ayer, y como siempre, el matrimonio es un contrato, aunque un contrato especial, en cuanto que es sagrado, y exclusivo (entre los dos que se casan), irrevocable y perpetuo. Contrato elevado, perfeccionado y resguardado por un *sacramento*, y en virtud del cual un varón y una mujer se dan libremente el derecho mutuo, perpetuo y exclusivo sobre sus cuerpos, en orden a los actos de generación y educación de los hijos.

Vínculo indisoluble, ¡y gracias a Dios! Porque así, confiando en la fidelidad mutua para siempre, viven en paz y edifican su familia sin las sombras del engaño, del abandono, del evitar por cualquier razón y método los hijos. Al contrario, abiertos a la llegada de hijos que los reflejen, los ayuden y les alegren la casa.

Y eso sin reservarse, como se dice hoy, el poder *rehacer su vida* mañana con otra persona, lo cual por lo general trae aparejado el *deshacérsela* a aquella con quien se es, hasta la muerte, un solo cuerpo y corazón.

Es decir, sin ese corrosivo *egoísmo*, el del *maridito vanidoso* y perenne *Don Juan*, o el de la mujercita *liberada*, caprichosa y siempre insatisfecha. El de los que prefieren uno o dos hijos a todo lujo, antes que muchos en la sencillez; y no por *paternidad responsable*, precisamente, controlando -en todo caso- la fecundación, sino impidiendo nacer a hijos ya vivos y en gestación, echando sobre sus conciencias la culpa del asesinato. ¿Qué paz podría haber luego en ese hogar? Por ese camino se marcha la ruina y no sólo en esta vida.

¿Para qué casarse?

¡Porque no es para eso que se casan! No para el crimen (más que matrimonio, sería *asociación ilícita*); ni contra los hijos, ni entre ellos... (¿cuál es peor?). Sino, al contrario, para un santo amor fecundo en hijos y fecundo, también, en los mil detalles de la convivencia afectuosa, de compartir buenas y malas y ayudarse, recíprocamente, a lo largo del camino de la mutua perfección.

En otras palabras, para alcanzar juntos el fin de la vida humana: dar gloria a Dios y santificarse juntos.

Ambos se realizan, como personas y cónyuges, en la ayuda mutua y la procreación de sus hijos, que no es sólo hacerlos nacer sino encaminarlos hacia su propio perfeccionamiento en todo sentido: haciéndolos, con el auxilio infaltable de Dios y tras el ejemplo de la Sagrada Familia, sanos, virtuosos, piadosos, santos. Tal es el fin y el ideal, y la felicidad familiar.

¡Para eso Dios ayuda!, con la *gracia* del sacramento, que *une* a los esposos para siempre, y los alienta y sostiene en las dificultades inevitables de la vida (y para eso no alcanza el *matrimonio civil*, mero trámite para efectos civiles).

Así, sólo así, dispuestos a seguir unidos en cuerpo y alma hasta la muerte, ¡cásese quien pueda!, quien pueda dar una *palabra de fidelidad total* y perpetua. Si no, ¡*más vale no casarse!* Sería engañarse, frustrar la hermosa esperanza de alcanzar la felicidad matrimonial a la que se estaba llamado.

Cásese el que tenga *ideas claras, decisión valiente, y generosidad total*. No el que se cierra en lo sensible, que se marchita y va muriendo.

El secreto de un amor siempre joven es amarse con el alma, abiertos a lo sobrenatural, a la imprescindible gracia divina que nos sana y fortalece, para un amor que permanece y santifica, amor de Dios y en Dios, amor eterno.

Hay que contar con la gracia, pedirla en la oración común, vivirla en la caridad humilde, paciente, sacrificada, y también

aguerrida, defendiendo la intimidad familiar de lo que atenta contra ella.

¡Así, sí,... cásese quien pueda!, quien pueda aspirar al ideal familiar, que es la felicidad matrimonial del *darse* el uno al otro y ambos a los hijos, sin egoísmo alguno. Darse en la ayuda mutua corporal, afectiva, espiritual, y dar a los hijos el **ser**: Salud, Educación, Religión, con la palabra y las obras, y el ejemplo.

¡Así, sí, se puede!

ÍNDICE

<i>BIENVENIDO AL CATECISMO</i>	3
La iniciativa es de Dios.	4
LAS ETAPAS DE LA HISTORIA	6
1. Dios prepara la venida del Salvador	7
2. Dios envía el Salvador	10
3. El Salvador continúa su obra por la Iglesia	14
CREEMOS.....	15
LA EXISTENCIA DE DIOS	15
LA TRINIDAD	16
LA CREACIÓN	16
JESÚS Y LA REDENCIÓN.....	17
LA IGLESIA	19
LA GRACIA	21
EL PECADO	21
RECIBIMOS LA GRACIA.....	23
LOS SACRAMENTOS	23
El Bautismo	24
La Eucaristía.....	24
Reconciliación	25
La Confirmación.....	26
El orden sagrado.....	27

El matrimonio.....	27
IMITAMOS A JESÚS.....	28
Los mandamientos de Dios.....	28
Los preceptos de la Iglesia.....	29
Las virtudes	29
Los dones del Espíritu Santo.....	31
ORACIONES PRINCIPALES	32
APÉNDICE.....	33
MÁS SOBRE LOS SACRAMENTOS.....	33
I ¡Vamos a un bautismo!	35
II <i>Dispuestos al testimonio:</i>	38
LA CONFIRMACIÓN	38
III <i>¡Vamos a misa!</i>	40
LA EUCARISTÍA.....	40
IV <i>Restablecer la amistad</i>	43
LA RECONCILIACIÓN SACRAMENTAL.	43
V <i>¿Llamar al cura?</i>	47
LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS	47
VI <i>El misterio del Sacerdote</i>	50
EL ORDEN SAGRADO	50
VII <i>¡Cásese quien pueda!</i>	53
EL MATRIMONIO.....	53